

1007

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 10 de diciembre, 2021

Los trabajos y los días: diez años en la conservación de la Zona Arqueológica *El Tlatoani*



Raúl Francisco González Quezada

Jorge Alberto Linares Ramírez

Los trabajos y los días: diez años en la conservación de la Zona Arqueológica *El Tlatoani*, Tlayacapan, Morelos

Raúl Francisco González Quezada
Jorge Alberto Linares Ramírez

Mujeres en procesos de recuperación de tierra para procesos de restauración.
(Fondo PICZAT 2013).





*Dedicado con entrañable admiración y cariño
a los habitantes de Tlayacapan.*





El Instituto Nacional de Antropología e Historia a través del Centro INAH Morelos ha financiado el Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos, a lo largo de la última década y el proceso continúa vigente. En este proyecto han participado decenas de especialistas y centenares de vecinos de la localidad en múltiples temporadas de excavación y restauración de la zona arqueológica. Esta ha sido una gran obra colectiva donde han ayudado todas esas manos y saberes creativos para lograr sacar a la luz esta zona arqueológica y mostrarla a los visitantes que cada vez engrosan más el interés por este sitio.

Durante estos diez años hemos recuperado una buena parte del aspecto original de algunos elementos arquitectónicos del lugar, como el templo en la cima del cerro, del cual sabemos que se construyeron tres fases desde al menos el final del período Clásico Tardío (entre 350 y 600 años de nuestra era) y donde se realizaban rituales dedicados a Tláloc. Pero quizá lo más relevante resulta la cantidad de información importante que hemos construido con los análisis de los materiales arqueológicos que se han recuperado, de donde hemos obtenido muchas respuestas sobre estos antiguos pobladores de Tlayacapan, como algunos elementos de su religión, los oficios, la dieta, el estado nutricional, las costumbres funerarias, los sistemas de comercio y gran parte del día a día del pasado de esos hombres y mujeres que habitaron El Tlatoani hace siglos.

Hemos podido conocer los diferentes períodos de ocupación del sitio, y al momento es la única zona arqueológica de Morelos que se ha investigado en tal profundidad perteneciente al Posclásico Temprano (900-1200 n.e.), es decir, la etapa tolteca del Centro de México.

Cadena de hombres trasladando mampuestos para procesos de restauración. (Fondo PICZAT 2013).

La zona arqueológica El Tlatoani se localiza en el cerro del mismo nombre en el municipio de Tlayacapan, Morelos y forma parte del área núcleo de protección de flora y fauna del Corredor Biológico Chichinauhtzin, particularmente en la Zona Núcleo Las Mariposas. Se trata de un enclave natural privilegiado, con geformas naturales caprichosas y sinuosas que propician la interacción de diferentes tipos vegetativos y climas, por lo tanto, existe una abundante cantidad de recursos vegetales, animales y minerales que fueron aprovechados por sus antiguos habitantes y hasta la fecha. Al coincidir estos valores heredados por la historia y ser considerada zona natural núcleo de protección ambiental, se le puede considerar como herencia mixta de México.

En este largo tiempo en que hemos trabajado en el lugar, realizamos amplias temporadas de prospección arqueológica en los años 2012, 2013 y 2015, basadas en antiguos registros de la década de 1980 elaborados por el INAH, así como por el recorrido de superficie parcela por parcela en toda la cabecera municipal abarcando incluso, la comunidad de San José de los Laureles. En los recorridos nos apoyamos del conocimiento de vecinos de la comunidad que nos enseñaron y acompañaron en todos nuestros pasos.

También realizamos excavaciones desde el año 2012 y hasta el 2018, tanto en la cima del cerro El Tlatoani, como el cerro adjunto denominado Huixtlaltzin, así como en múltiples predios en la sección baja de la serranía.

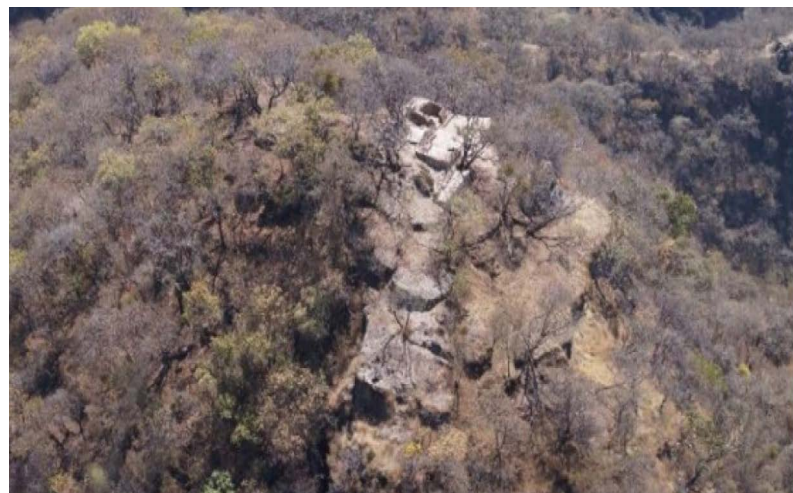
Descubrimos un importante conjunto arquitectónico muy antiguo, debajo de las parcelas que actualmente se aglutinan en la sección baja de la serranía, usadas para la agricultura de temporal y lugar donde se encuentra una gran parte del antiguo asentamiento tolteca de Tlayacapan. Este edificio es el más antiguo identificado en la cabecera municipal y pertenece al período llamado Preclásico Terminal Tardío, que va del año 1 al 200 de nuestra era.



Cerro El Tlatoani, enmarcado por el cerro Huixtlaltzin a la izquierda mientras que el de la derecha es el Cihuapapalotzin. (Fondo PICZAT 2013 y 2018)



Múltiples terrazas que modificaron la topografía natural del cerro El Tlatoani hasta convertirlo en un espacio escalonado donde habitaron de manera permanente múltiples familias durante el período tolteca fundamentalmente. (Fondo PICZAT 2013 y 2018)



Vista aérea del templo en la cima del cerro, donde se efectuaban rituales relacionados con Tláloc. (Fondo PICZAT 2013 y 2018)



En efecto, el período de mayor ocupación en El Tlatoani y en la sección baja inmediata de este cerro, fue durante el período tolteca (entre los años 900 y 1200 de nuestra era), período en que se construyen viviendas, pequeños templos y se desarrollan talleres domésticos en algunas de las terrazas bajas de la cima. Esta ocupación se prolonga hasta el Posclásico Medio (entre el año 1200 y el 1350 de nuestra era) momento en que se transforma radicalmente el sitio hasta adquirir su aspecto defensivo que mostró durante el periodo Posclásico Tardío (entre el año 1350 y el 1521 de nuestra era), el cual conocieron los invasores españoles con su ejército indígena, los cuales atacaron en una famosa batalla en el sitio, ya que la gente de Tlayacapan no se entregó de paz, sino que ofreció resistencia militar.

Larga cadena de trabajo con mujeres trasladando tierra para los procesos de restauración. (Fondo PICZAT 2013).

Este proyecto de investigación surge a partir de una solicitud de la comunidad agrícola y en general del poblado de Tlayacapan, cuando reclaman atención por parte del INAH ante las intervenciones arqueológicas realizadas en el año 2007 en la cima del cerro El Tlatoani por parte de autoridades locales de ese tiempo. A partir de ese momento se retomaron las inspecciones en el sitio, se valoraron las afectaciones hasta elaborar un proyecto científico de atención que custodiara la conservación e investigara el área.



Pláticas informativas con los comuneros realizadas a finales de 2011. Votación a favor del convenio entre el Comisariado de Bienes Comunales y el INAH, votado aprobatoriamente y firmado en segunda vuelta en Asamblea en el año 2012. (Fondo PICZAT 2012).

Después de conformar un proyecto ante el INAH, se realizaron asambleas con el grupo de comuneros donde se explicó la propuesta y, sobre todo, donde se propuso que sin su consentimiento y apoyo el proyecto no funcionaría. Finalmente se firmó un convenio de colaboración entre el INAH y el Comisariado de Bienes Comunales de Tlayacapan en Asamblea General como autoridad respecto a esa sección de los cerros del pueblo. El convenio está vigente y tiene validez jurídica pues fue también ratificado por el Registro Agrario Nacional (RAN), por lo que todos los procesos han sido realizados de cara a la comunidad y con un fuerte grado de validez comunitaria.

Los trabajos comenzaron por el diagnóstico del estado de conservación de la zona arqueológica. Se identificaron procesos y agentes de transformación en el sitio, y se realizaron propuestas de intervención arqueológica.

Previo a los trabajos de exploración de campo por parte del INAH Morelos, en el año 2007 se habían realizado excavaciones clandestinas que expusieron algunos muros del conjunto central arquitectónico en la cima del cerro. Desde ese momento en adelante no pararon las ampliaciones hasta lograr descubrir parcialmente la fachada del templo principal. Sin embargo, es en 2009 cuando se destinan los mayores esfuerzos para estas exploraciones precipitadas por el ánimo de sacar apresuradamente a la luz "la pirámide". Estos trabajos se ejecutaron por parte de la autoridad municipal, con apoyo comunitario e incluso con la participación de un destacamento militar, todo lo cual tuvo la intención de abrir la zona arqueológica a la visita pública, lo cual de alguna manera se logró. En ello hubo gran cantidad de trabajo, manos organizadas que tenían la pretensión de vincularse con su pasado heredado y las estrategias, aunque técnicamente equivocadas y a un costo alto de destrucción y pérdida de valiosa información arqueológica, lograron un cometido de involucramiento simbólico con la zona arqueológica. Finalmente, el hecho sirvió como elemento que se añadió a los argumentos para que finalmente en el año 2011 Tlayacapan fuera nombrado Pueblo Mágico.



Avance en la excavación realizada en 2009 por agentes locales ampliando la zona previamente identificada del templo principal en la cima del cerro El Tlatoani entre 2007 y 2009, durante ese proceso la excavación furtiva fue cubierta por un gran plástico. (Foto Guilebaldo Banderas 2009).

En el estado de las cosas en 2012 privaba el acelerado proceso de destrucción de las secciones que habían sido furtivamente excavadas en la cima, exponiendo gravemente la arquitectura del sitio solamente al amparo de una cubierta temporal que había sido de mayor afectación que remedio. El intemperismo, la gravedad, la abundante vegetación, y la actividad humana se acumulaban para poner en grave riesgo de conservación a la zona.

Además, se acumulaban saqueos en el área de terrazas, pues las excavaciones habían demostrado fehacientemente ante los visitantes, que sí existían "pirámides" y las depredaciones aumentaron.

Dicha excavación furtiva alteró varios de los elementos arquitectónicos, expuso pisos originales de estuco y no se recuperaron ni preservaron los materiales cerámicos, líticos ni de cualquier otro tipo que podrían haberse contenido en estas capas arqueológicas.

La zona arqueológica se mantuvo en esas condiciones hasta los primeros meses del año 2012, cuando se realizaron las primeras excavaciones científicas en las áreas más afectadas en la zona arqueológica. Esta primera intervención científica ya contaba con un proyecto con objetivos bien definidos y debidamente aprobado por el Consejo de Arqueología.

Como el templo en la cima es solamente una parte de un gran asentamiento, para comprender su existencia era preciso explicar los motivos y las estrategias para construir este templo en este punto, así como el resto de las terrazas en un contexto más amplio que ha implicado buena parte de la sección baja de la serranía y hasta la comunidad de San José de los Laureles. Como objetivos obligados hemos tenido que resolver el tema cronológico, la funcionalidad de los diferentes espacios y la localización de contextos de contraste entre la zona alta de la cima del cerro y la zona baja de la serranía, donde se encuentra el mayor asentamiento arqueológico.



Estado de la fachada del templo principal de la cima de El Tlatoani, tras ser intervenido por agentes locales sin técnica arqueológica (Foto Guilebaldo Banderas 2009).

En términos de conservación, el criterio general fue definir las formas arquitectónicas, y asegurar su preservación ante el uso que reciben en la visita pública. Muros, corazas, pisos y planos arquitectónicos fueron explorados, consolidados y restaurados para la visita pública en la mayoría de los casos.

Un gran reto fue el devolver al monumento su eficiencia estructural, y con una mínima intervención en la medida de lo posible, hacerlo comprensible al visitante. El uso de materiales constructivos de fábrica original se impuso en todo caso y nunca se han usado materiales de origen industrial moderno en la restauración del sitio.

Las intervenciones se pueden clasificar en dos secciones, por un lado, en la cima que hemos denominado Conjunto Central Arquitectónico, y, por otro lado, la gran sección del Área de Terrazas.

En el Conjunto Central Arquitectónico se iniciaron las excavaciones con el doble propósito del registro de la información arqueológica y con el objetivo final de la consolidación, restauración y acondicionamiento para su visita pública sin detrimento del del inmueble. Con ello pudimos otorgar unidad formal y una lectura del monumento en su conjunto, respetando su historicidad.

El proceso fue complicado y difícil, pues las intervenciones clandestinas habían desfigurado algunos elementos, fue necesario identificar cada uno para poder tomar decisiones adecuadas. Primeramente, se realizó la liberación de estos agregados que no correspondían al inmueble y se eliminaron muros y tecorrales, así como la cubierta de lámina de cartón y estructura de tablonés que afectaba al monumento. En este proceso también se retiraron flora, fauna, escombros, y humedades, simultáneamente a la elaboración del registro de los materiales y elementos arquitectónicos.



Una vez que fue liberado el monumento, se ejecutó su consolidación para detener las alteraciones en proceso y otorgar solidez a los elementos arquitectónicos. Para ello nos valimos de estrategias orgánicas con materiales constructivos locales para la preparación de un mortero de cal, tepetate y tezontle para la restitución de juntas constructivas perdidas en muros, pretilas, nucleados de relleno escalinatas, alfardas y accesos, así como el sellado de pisos y enjarres, para los cuales variamos las proporciones, pero se usaron los mismos materiales.

Para proteger los pisos originales de estuco fue necesario colocarle cubiertas denominadas piso de sacrificio que evitarán su deterioro por la acción del clima o por el tránsito de la visita. Consolidados por diferentes capas de firmes de tepetate cernido que mantienen aislados y protegidos los pisos originales de humedades, microclimas y cargas innecesarias. Es decir, los pisos por los que el visitante deambula, no son los originales, esos existen, pero están protegidos debajo del piso de sacrificio.

Resultado después de la intervención arqueológica científica (Fondo PICZAT 2017).

Finalmente, para algunos casos se recurrió a la integración, que consiste en completar o recuperar elementos ausentes, con el objetivo de proporcionarle al monumento tanto estabilidad estructural como unidad visual, sin la pretensión la reconstrucción innecesaria. Sin embargo, más allá de los límites que fueron colocados discretamente para indicar el límite entre los volúmenes originales y los añadidos, marcados por la técnica del rejoneo, contamos con todo el registro gráfico del proceso, tanto en fotografía como en dibujos técnicos, que se pueden revisar para acercarnos a la historicidad de los procesos de intervención con facilidad. La integración siempre atendió a los criterios de conservación *in situ*, reversibilidad y verdad histórica.



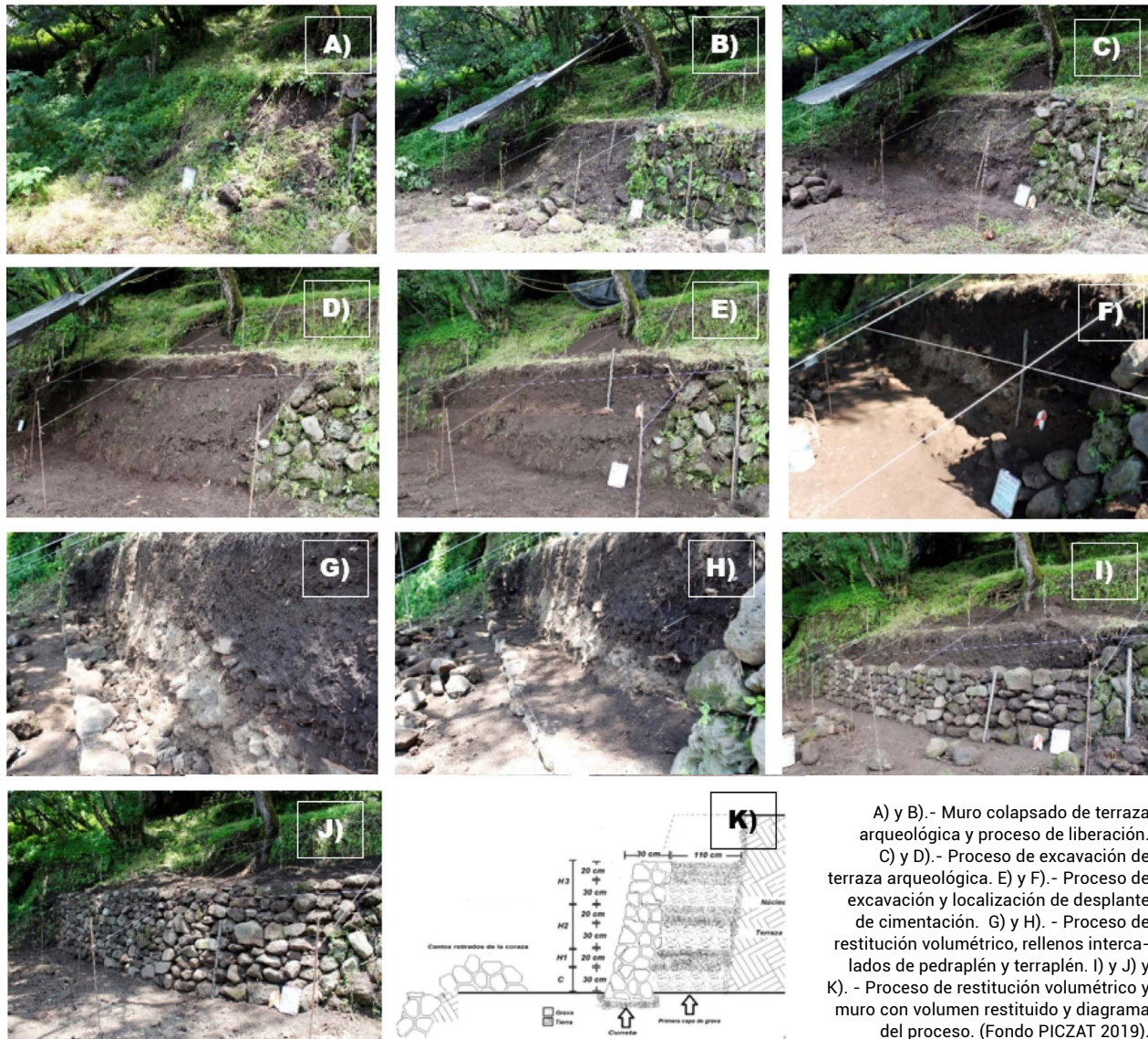
Proceso de elaboración de argamasa de cal con tezontle de San José de los Laureles y tepetate y mucilago de nopal, de San Andrés Cuauhtempan. (Fondo PICZAT 2016).

Los mampuestos y sillares fueron recuperados de la propia excavación, recolocando estas piezas cuando resultó posible. Y para la cal se utilizó siempre el producto denominado comercialmente Quimex 95, al cual le fueron añadidos agregados constructivos de fuentes locales. El tezontle fue recolectado del cerro Tezontlala en San José de los Laureles, y el tepetate y el mucílago de nopal fue obtenido en San Andrés Cuauhtempan. Estos materiales se integran en una mezcla adhesiva y sin grumos, a la que se le agrega mucilago de nopal, éste facilita la formación de películas que tienen la propiedad de retener agua, evitando así que los agregados se precipiten por acción de gravedad y al momento de endurecer tengan mayor resistencia mecánica e impermeabilidad.

La experiencia fue muy interesante, dado que en la comunidad hace mucho tiempo que se usa solamente el cemento como material constructivo, el adobe y la piedra ha dejado de usarse y de manera tradicional las construcciones son de block, varilla y cemento.

Sin embargo, las manos hábiles de los trabajadores, todos vecinos de Tlayacapan, lograron destreza casi de inmediato, al grado que año con año, los procesos de mantenimiento se ven involucradas algunos de los trabajadores que han permanecido casi la totalidad de las temporadas, agregando experiencia y pericia en el trabajo.

En el Área de Terrazas, las intervenciones se centraron en identificar los componentes arquitectónicos deteriorados y los agentes responsables de mismo, registrando en el proceso, materiales, etapas y sistemas constructivos.



A) y B).- Muro colapsado de terraza arqueológica y proceso de liberación. C) y D).- Proceso de excavación de terraza arqueológica. E) y F).- Proceso de excavación y localización de desplante de cimentación. G) y H).- Proceso de restitución volumétrico, rellenos intercalados de pedaplén y terraplén. I) y J) y K).- Proceso de restitución volumétrico y muro con volumen restituído y diagrama del proceso. (Fondo PICZAT 2019).

Desafortunadamente, en un intento por restaurar la zona, durante el período de 2007 al 2009 fueron levantados muchos tecorrales por agentes locales, asumiendo que se trataba de la forma original de las corazas arqueológicas en estas terrazas. Sin embargo, lo que terminaron haciendo fue la construcción de muros desviados y fuera del curso de los desplantes originales. Todos esos tecorrales tuvieron que ser desmontados por falsificar la apariencia original de la arquitectura en las terrazas. Ello nos consumió seis temporadas a lo largo de cuatro años (2012-2015), cuatro directamente derivadas del proyecto y dos extraordinarias derivadas del Programa de Empleo Temporal (PET) con apoyo de la extinta Secretaría de Desarrollo

Social en los años 2013 y 2014, con el apoyo de cuadrillas enormes de trabajadores. En el proceso se tenían que atender ambas cosas, por un lado, la intervención arqueológica científica de los muros que previamente no habían sido intervenidos, y la identificación de los errores y alteraciones que se habían cometido en algunas terrazas.

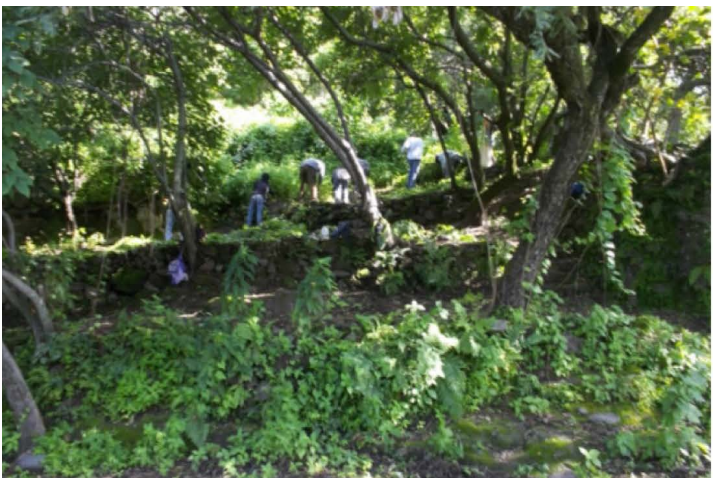
La restitución de las corazas implicó integrar volúmenes arquitectónicos por razones técnicas indispensables para lograr estabilidad y evitar colapsos, ya que reconocimos que prácticamente todas las corazas contienen al interior, capas arqueológicas conservadas que deben resguardarse por sus importantes contenidos para la historia local.



Área de Terrazas antes y después de intervención. (Fondo PICZAT 2013).



Fachada oriente, antes y después de intervención. (Fondo PICZAT 2015).



Área de Terrazas sección sur, antes y después de intervención. (Fondo PICZAT 2014).



La restitución de volumen de los muros y de los rellenos arquitectónicos de las terrazas, se efectuó tras identificar la estrategia constructiva original, y a partir de su duplicación es que pudimos intervenir exitosamente el resto. Los rellenos son desplantados desde una cama de grava con guijarros de mediana magnitud y se realizan capas de no más de 20 centímetros donde se rellena con tierra apisonada parcialmente humedecida con agua, para fomentar el desplazamiento de las partículas de las arcillas y que así se logre una alta compactación, pero que, a pesar de ello, se mantengan espacios entre sus componentes para el drenado. La coraza se desplanta desde una cuneta en ocasiones excavada sobre la roca madre y el alzado del muro se realiza con mampuestos de piedra careada que evitan la contigüidad de cuatro aristas y asiste al sistema del cuatrapeado.

Cada uno según sus capacidades, los jóvenes que podían y decidían cargar más, pedían cargar más para avanzar el trabajo. (Fondo PICZAT 2013).

Toda intervención de restitución es reversible en caso de estar justificado, y el registro minucioso de los pasos seguidos asegura una fuente documental permanentemente a la mano para cualquier consulta.

Para poder realizar estos trabajos debimos realizar 85 unidades de excavación en toda la zona alta del cerro, aparte del área del Conjunto Central Arquitectónico la cual incluyó una unidad enorme y compleja subdividida en múltiples secciones. Estas unidades de excavación son un método de registro arqueológico para poder referir espacialmente todo tipo de descubrimiento.

La magnitud de cuadrante fue estandarizada a 4 m², y se lograron intervenir un total de 652 cuadrantes que corresponden a un área total de 2,640 m², con un volumen aproximado de 700 toneladas de materiales constructivos movilizados.

Esto representó una empresa que requirió una carga sumamente alta de energía, si se considera, además, que estos materiales deben optimizarse en la parte alta de un cerro donde las áreas de tránsito son limitadas y donde este material había sido originalmente subido por los constructores originales, pues nada de ello pertenece a la conformación natural del cerro.

El resultado al final de cada temporada fue constituyendo grandes secciones de un monumento que fue presentando mayor estabilidad estructural y unidad visual, sin desnaturalizar su significado sociohistórico.

Estos trabajos durante esta inmensa cantidad de días, fueron realizados fundamentalmente por vecinos del actual municipio de Tlayacapan. A diferencia de otras zonas arqueológicas que fueron abandonadas y desvinculadas de su población original, los habitantes de Tlayacapan pueden presumir de una continuidad histórica que los vincula directamente con los antiguos pobladores de la zona arqueológica. Esta relación histórico directa se había roto profundamente con la invasión española, y esta generación del siglo XXI de Tlayacapan mantiene en su recuerdo el haber participado en la recuperación de su memoria histórica, directamente creada por sus manos.

Este proceso histórico está marcado por todos estos momentos desde hace dos mil años en que se sitúa el primer edificio de poder político administrativo localizado en la sección baja de la serranía, pasando por los múltiples asentamientos del período previo a la invasión española. Pero también está inscrito en la traza virreinal de la cabecera del siglo XVI, en sus asombrosos edificios del convento agustino de San Juan Bautista, y el tecpan o casa de gobierno indígena que ahora ocupa la Presidencia Municipal, así como la posterior cerería que ahora es Casa de Cultura.

También está reflejado y ahora lo sabemos científicamente contrastado, por la reiteración de oficios como el alfarero, que sabemos con claridad que existe en la comunidad desde el año 600 de nuestra era, hasta la actualidad.

Durante todas las temporadas de exploración calculamos que han colaborado no menos de 350 vecinos del municipio de Tlayacapan, los cuales aportaron su esfuerzo y talento para recuperar nuestra zona arqueológica. Hombres y mujeres desde los 18 hasta los 78 años de edad, de todo tipo de oficios y procedencias en la urdimbre social local estuvieron participando afanosamente.

Fueron ellos los responsables año tras año de ejecutar complejas y pesadas labores de albañilería que implican la intervención de un inmueble de estas dimensiones. Todo trabajo cuenta y se ordena en una cadena de operaciones que van desde el transporte de herramienta y materiales constructivos hacia la parte alta del cerro, hasta la edificación de paramentos con un complejo sistema constructivo, así como también las minuciosas tareas de excavación y registro de materiales delicados de índole arqueológico. Más relevante aún resultaron sus ideas e iniciativas para lograr una mejor comprensión del sitio, a través de sus propias interpretaciones del espacio, de los objetos y de los paisajes, que siempre han sido fuente de inspiración para el trabajo científico en este diálogo de saberes.

Trabajo femenino en el cerro. (Fondo PICZAT 2015).





Vecino de la localidad que participó en numerosas temporadas. (Fondo PICZAT 2013).



Mujeres de distintas generaciones trasladando tierra para procesos de restauración. (Fondo PICZAT 2013).



Mujeres trasladando tierra para procesos de restauración. (Fondo PICZAT 2013).



Sin edad límite para el trabajo en el campo. (Fondo PICZAT 2013).



El orgullo de las comparsas de chineros llevado a los trabajos diarios en la zona arqueológica. (Fondo PICZAT 2013).





A partir del año 2016 y hasta el día de hoy, las temporadas de campo se enfocan en realizar labores de conservación de los avances logrados años atrás.

Se trata de un conjunto de medidas que tienen el objetivo de prevenir el deterioro, procurando que estas actividades retrasen las afectaciones que se generan por agentes naturales y por la visita pública.

Parte importante de estas labores son las acciones de vinculación social, al mantener comunicación permanente con las personas que tienen a resguardo la zona arqueológica, procurando el esclarecimiento de buenas prácticas en cuanto al manejo adecuado del sitio y ellos a su vez, transmitan esas buenas prácticas a la visita pública.

La difusión de la información producto de la investigación científica del proyecto, ha sido parte importante de las labores de conservación, donde se abordan temas que abonan al conocimiento del sitio, se fortalece la identidad de la comunidad, genera empatía con el sitio y de esta manera se procura la apropiación de su herencia arqueológica. Las labores de divulgación también se han realizado a través de conversatorios, conferencias, capacitaciones, elaboración de reglamentos y mesas de trabajo con autoridades agrícolas y civiles, donde se plantean problemáticas y retos, así como el planteamiento de soluciones factibles.

Todo el financiamiento de la investigación y el mantenimiento anual corre a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia a través del Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani. Se trata de tareas de mantenimiento preventivo, como la reposición de junta de argamasa perdida, así como otras tareas de albañilería que implican intervenciones menores. Aquí también se incluye la liberación de malezas en la totalidad de las áreas intervenidas a lo largo de los años en el proyecto.

Jóvenes posando en medio del proceso de intervención de la fachada oriental. (Fondo PICZAT 2015).



Aun no podemos saber institucionalmente cuál es el destino próximo de la zona arqueológica ya que no se encuentra formalmente bajo administración del INAH, pero sí depende de esta institución su conservación y el avance continuo en las investigaciones arqueológicas. Desde hace tres años y antes de la emergencia sanitaria la zona ha contado cada vez con mayor cantidad de visita pública que ha integrado actividades muy diversas, campismo, fogatas, rituales, sesiones de yoga y otras actividades que deterioran los espacios y que deberían ser proscritas del lugar, además de que la basura en el cerro se ha incrementado.

El día a día de la zona está en manos de agentes locales que la han abierto la visita pública y ellos son responsables de estos procesos, y cuentan con todas las recomendaciones por parte del INAH para actuar adecuadamente.

El orgullo de una gran temporada finalizada. (Fondo PICZAT 2013).

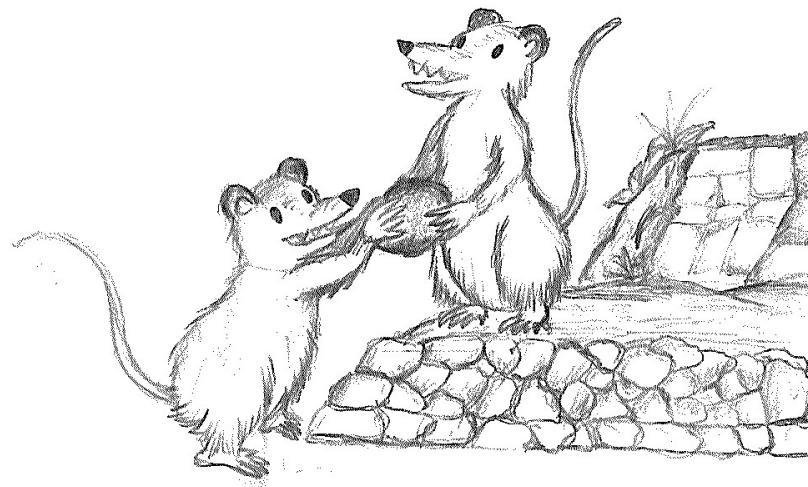
Estos últimos años, además, han sido de retos constantes, desde el terremoto de septiembre de 2017, aunado a la tromba del 3 de septiembre de 2021 y el gran temblor del 7 de septiembre del 2021 que dejaron honda huella y que a la fecha no hemos podido saldar sus estragos en su totalidad. Pero mantenemos vigente el proyecto y sus actividades de conservación pese a los retos cada vez más complejos de las exigencias administrativas. De cualquier forma, si nos animamos a comprender todo este proceso en perspectiva, resulta conmovedor que la generación del siglo XXI de los habitantes de Tlayacapan haya cooperado de la mano del INAH Morelos en el rescate de la herencia construida y habitada por sus antepasados en El Tlatoani entre los siglos VII al XIII y al día de hoy se pueda contar como memoria recuperada.



Valga además este breve recuento de las actividades de conservación durante la última década en la zona arqueológica El Tlatoani, como un pequeño homenaje a todas esas personas que han contribuido para forjar con esos trabajos y esos días, el destino de una parte de su nuestra herencia arqueológica.

Por haber demostrado estar a la altura para trabajar en un proyecto que desde el día uno, comenzó con la validez del diálogo abierto, la verdad del método científico y la factibilidad que proveyó una institución tan relevante para el estado nacional mexicano como lo es el INAH.

El orgullo de una temporada consumada. (Fondo PICZAT 2014).





Coordinador editorial:
Raúl González Quezada

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio
Giselle Canto Aguilar
Eduardo Corona Martínez
Raúl González Quezada
Luis Miguel Morayta Mendoza
Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza
Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez
Formación, diseño e ilustración

Apoyo operativo y tecnológico
**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:
difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito foto portada:
Marcos Garma, alfarero, comu-
nero y participante activo en el
Proyecto El Tlatoani durante
varias temporadas desde el año
2012. (Foto Fondo PICZAT 2013)

Crédito contraportada:
**Mirada femenina en los pro-
cesos de excavación. (Fondo
PICZAT 2014).**

Centro INAH Morelos
Mariano Matamoros 14,
Acapantzingo, Cuernavaca,
Morelos.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

